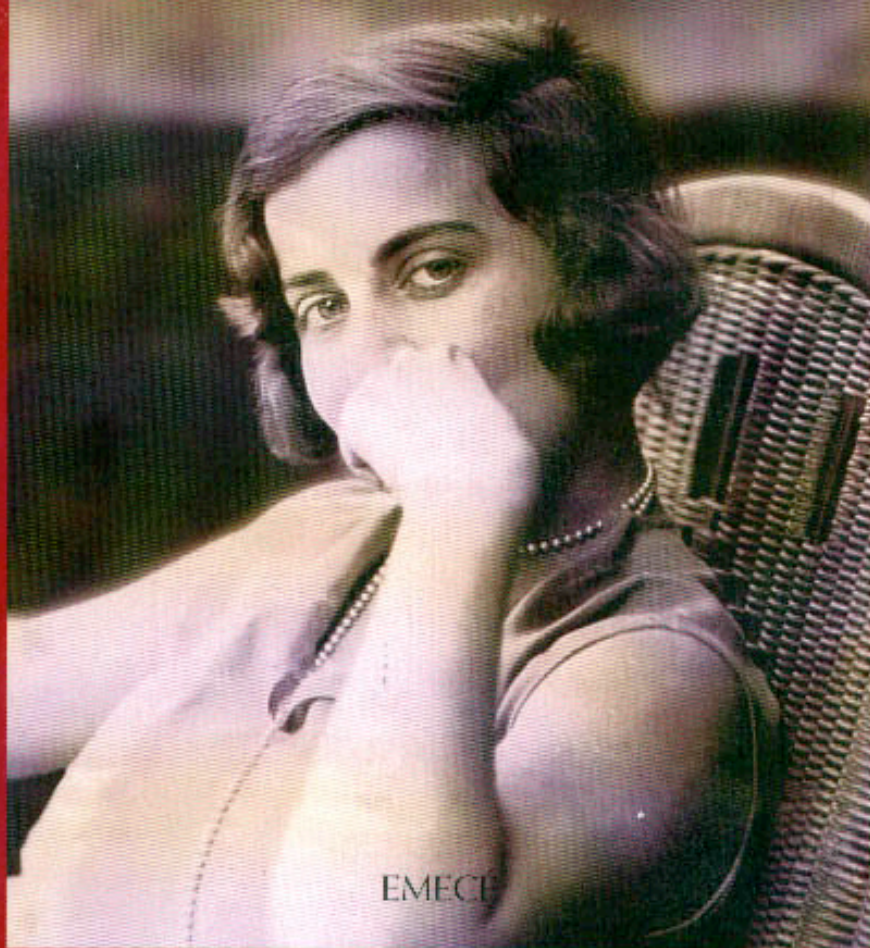


SILVINA OCAMPO
CUENTOS COMPLETOS I



EMECÉ EDITORES

PRIMERA EDICIÓN – BUENOS AIRES 1999

Silvina Ocampo (1903-1993) nació en Buenos Aires. Desde joven estudió dibujo y pintura; uno de sus maestros fue Giorgio De Chirico. Publicó por primera vez en 1937 (Viaje olvidado). En 1940 se casa con Adolfo Bioy Casares y ese mismo año compila con éste y con Borges una Antología de la literatura fantástica. Sus poemas y cuentos aparecieron en la revista Sur que dirigía su hermana Victoria. Entre más de veinte obras publicadas vale recordar: Enumeración de la patria (poemas), Los que aman, odian (novela policial en colaboración con Bioy, Emecé, 1945) y Los traidores (teatro, en colaboración con J. R. Wilcock). Recibió el Premio Municipal de Poesía y el Primer Premio Nacional de Poesía. Realizó numerosas traducciones del inglés y el francés y, a su vez, fue traducida a varios idiomas.

"Como el Dios del primer versículo de la Biblia, cada escritor crea un mundo. Esa creación, a diferencia de la divina, no es ex nihilo; surge de la memoria, del olvido que es parte de la memoria, de la literatura anterior, de los hábitos de un lenguaje y, esencialmente, de la imaginación y de la pasión. [...] Silvina Ocampo nos propone una realidad en la que conviven lo quimérico y lo casero, la crueldad minuciosa de los niños y la recatada ternura, la hamaca paraguaya de una quinta y la mitología. [...] Le importan los colores, los matices, las formas, lo convexo, lo cóncavo, los metales, lo áspero, lo pulido, lo opaco, lo traslúcido, las piedras, las plantas, los animales, el sabor peculiar de cada hora y de cada estación, la música, la no menos misteriosa poesía y el peso de las almas, de que habla Hugo. De las palabras que podrían definirla, la más precisa, creo, es genial."

Jorge Luis Borges

"Los personajes de Silvina Ocampo callan con gusto [...] y cuando escriben, es para crear otra oscuridad, para tramar una impostura; más aún: para confirmar el carácter de impostura de todo lo demás. Pero si la escritura aporta más sombra que luz, es justamente por la conciencia que ella tiene de esta sombra que cumple con su misión reveladora. [...] La fuerza de esta ferocidad sutil reside en su tranquilidad y su impasibilidad mismas, idénticas a las de los niños, al punto de no excluir una mirada limpia y una sonrisa ligera. Una ferocidad que jamás se separa de la inocencia: inocencia máscara de la ferocidad, o ferocidad máscara de la inocencia. [...] hay un

mundo femenino en el cual Silvina Ocampo se desenvuelve como en un continente oculto, un laberinto de prisiones individuales que rodea y condiciona todo lo que parece simple y evidente en las relaciones humanas, prisiones que el egoísmo edifica alrededor de nosotros mismos.

Italo Calvino

ÍNDICE

[Cielo de claraboyas](#)

[Esperanza en Flores](#)

[El vestido verde aceituna](#)

[El Remanso](#)

[El caballo muerto](#)

[La enemistad de las cosas](#)

[Eladio Rada y la casa dormida](#)

[El pasaporte perdido](#)

[Florindo Flodiola](#)

[El retrato mal hecho](#)

[Paisaje de trapecios](#)

[Las dos casas de Olivos](#)

[Los funámbulos](#)

[La siesta en el cedro](#)

[La cabeza pegada al vidrio](#)

[El corredor ancho de sol](#)

[Nocturno](#)

[Extraña visita](#)

[La calle Sarandí](#)

[El vendedor de estatuas](#)

[Día de Santo](#)

[Diorama](#)

[El Pabellón de los Lagos](#)

[El mar](#)

[Viaje olvidado](#)

[La familia Linio Milagro](#)

[Los Pies Desnudos](#)

[La casa de los tranvías](#)

[Epitafio romano](#)

[La red](#)

[El impostor](#)

[Fragmentos del libro invisible](#)

[Autobiografía de Irene](#)

[La liebre dorada](#)

[La continuación](#)
[El mal](#)
[El vástago](#)
[La casa de azúcar](#)
[La casa de los relojes](#)
[Mimoso](#)
[El cuaderno](#)
[La sibila](#)
[El sótano](#)
[Las fotografías](#)
[Magush](#)
[La propiedad](#)
[Los objetos](#)
[Nosotros](#)
[La furia](#)
[Carta perdida en un cajón](#)
[El verdugo](#)
[Azabache](#)
[La última tarde](#)
[El vestido de terciopelo](#)
[Los sueños de Leopoldina](#)
[Las ondas](#)
[La boda](#)
[La paciente y el médico](#)
[Voz en el teléfono](#)
[El castigo](#)
[La oración](#)
[La creación](#)
[El asco](#)
[El goce y la penitencia](#)
[Los amigos](#)
[Informe del Cielo y del Infierno](#)
[La raza inextinguible](#)
[Tales eran sus rostros](#)
[La hija del toro](#)
[Éxodo](#)
[Carta bajo la cama](#)
[La revelación](#)
[Amelia Cicuta](#)
[El almacén negro](#)
[La escalera](#)
[La boda](#)

[El progreso de la ciencia](#)

[Visiones](#)

[El lecho](#)

[Anillo de humo](#)

[Fuera de las jaulas](#)

[Isis](#)

[La venganza](#)

[El novio de Sibila](#)

[El Moro](#)

[El siniestro del Ecuador](#)

[El médico encantador](#)

[El incesto A Juana Ivulich](#)

[La cara en la palma](#)

[Los amantes](#)

[Las termas de Tirte](#)

[La peluca](#)

[La expiación](#)

[El fantasma](#)

[La gallina de membrillo](#)

[Celestina](#)

[Icera](#)

[El crimen perfecto](#)

[El lazo](#)

[Amor](#)

[El pecado mortal](#)

[Rhadamanthos](#)

[El hórreo](#)

[El árbol grabado](#)

[Carta de despedida](#)

[La pluma mágica](#)

[El diario de Porfiria Bernal](#)

[El diario de Porfiria](#)

[Las invitadas](#)

[La piedra](#)

[Los mastines del templo de Adrano](#)

Cielo de claraboyas

La reja del ascensor tenía flores con cáliz dorado y follajes rizados de fierro negro, donde se enganchan los ojos cuando uno está triste viendo desenvolverse, hipnotizados por las grandes serpientes, los cables del ascensor. Era la casa de mi tía más vieja adonde me llevaban los sábados de visita. Encima del hall de esa casa con cielo de claraboyas había otra casa misteriosa en donde se veía vivir a través de los vidrios una familia de pies aureolados como santos. Leves sombras subían sobre el resto de los cuerpos dueños de aquellos pies, sombras achatadas como las manos vistas a través del agua de un baño. Había dos pies chiquitos, y tres pares de pies grandes, dos con tacos altos y finos de pasos cortos. Viajaban baúles con ruido de tormenta, pero la familia no viajaba nunca y seguía sentada en el mismo cuarto desnudo, desplegando diarios con músicas que brotaban incesantes de una pianola que se atrancaba siempre en la misma nota. De tarde en tarde, había voces que rebotaban como pelotas sobre el piso de abajo y se acallaban contra la alfombra.

Una noche de invierno anunciaba las nueve en un reloj muy alto de madera, que crecía como un árbol a la hora de acostarse; por entre las rendijas de las ventanas pesadas de cortinas, siempre con olor a naftalina, entraban chiflones helados que movían la sombra tropical de una planta en forma de palmera. La calle estaba llena de vendedores de diarios y de frutas, tristes como despedidas en la noche. No había nadie ese día en la casa de arriba, salvo el llanto pequeño de una chica (a quien acababan de darle un beso para que se durmiera,) que no quería dormirse, y la sombra de una pollera disfrazada de tía, como un diablo negro con los pies embotinados de institutriz perversa. Una voz de cejas fruncidas y de pelo de alambre que gritaba "¡Celestina, Celestina!", haciendo de aquel nombre un abismo muy oscuro. Y después que el llanto disminuyó despacito... aparecieron dos piecitos desnudos saltando a la cuerda, y una risa y otra risa caían de los pies desnudos de Celestina en camisón, saltando con un caramelo guardado en la boca. Su camisón tenía forma de nube sobre los vidrios cuadriculados y verdes. La voz de los pies embotinados crecía: "¡Celestina, Celestina!". Las risas le contestaban cada vez más claras, cada vez más altas. Los pies desnudos saltaban siempre sobre la cuerda ovalada bailando mientras cantaba una caja de música con una muñeca encima.

Se oyeron pasos endemoniados de botines muy negros, atados con cordones que al desatarse provocan accesos mortales de rabia. La falda con alas de demonio volvió a revolotear sobre los vidrios; los pies desnudos dejaron de saltar; los pies corrían en rondas sin alcanzarse; la falda corría detrás de los piecitos desnudos, alargando los brazos con las garras abiertas, y un

mechón de pelo quedó suspendido, prendido de las manos de la falda negra, y brotaban gritos de pelo tironeado.

El cordón de un zapato negro se desató, y fue una zancadilla sobre otro pie de la falda furiosa. Y de nuevo surgió una risa de pelo suelto, y la voz negra gritó, haciendo un pozo oscuro sobre el suelo: "¡Voy a matarte!". Y como un trueno que rompe un vidrio, se oyó el ruido de jarra de loza que se cae al suelo, volcando todo su contenido, derramándose densamente, lentamente, en silencio, un silencio profundo, como el que precede al llanto de un chico golpeado.

Despacito fue dibujándose en el vidrio una cabeza partida en dos, una cabeza donde florecían rulos de sangre atados con moños. La mancha se agrandaba. De una rotura del vidrio empezaron a caer anchas y espesas gotas petrificadas como soldaditos de lluvia sobre las baldosas del patio. Había un silencio inmenso; parecía que la casa entera se había trasladado al campo; los sillones hacían ruedas de silencio alrededor de las visitas del día anterior.

La falda volvió a volar en torno de la cabeza muerta: "¡Celestina, Celestina!", y un fierro golpeaba con ritmo de saltar a la cuerda.

Las puertas se abrían con largos quejidos y todos los pies que entraron se transformaron en rodillas. La claraboya era de ese verde de los frascos de colonia en donde nadaban las faldas abrazadas. Ya no se veía ningún pie y la falda negra se había vuelto santa, más arrodillada que ninguna sobre el vidrio.

Celestina cantaba Les Cloches de Corneville, corriendo con Leonor detrás de los árboles de la plaza, alrededor de la estatua de San Martín. Tenía un vestido marinero y un miedo horrible de morirse al cruzar las calles.

Esperanza en Flores

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, era ya muy tarde. La lámpara de kerosene chistaba a la noche, aquietándola como una madre a un hijo que no quiere dormirse, y Esperanza se quedaba desvelada a las doce de la noche, después de haber pasado el día durmiéndose en los rincones. Uno, dos, tres, cuatro, cinco habían sido los caballos negros atados al coche fúnebre que llevaron a su marido cubierto de flores hasta la Chacarita, y desde ese día abundaban las visitas en la casa. Sus amigas la habían querido llevar a pasear un domingo porque estaba pálida. Uno, dos, tres, Esperanza se había hecho rogar, y después por fin había salido hasta la plaza de Flores y allí se había sentado en un banco con dos señoras vecinas, hermanas del almacenero. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, un hombre detrás de un árbol desabrochaba su pantalón y Esperanza miraba el cielo a través de las ramas. "Esperanza, no podés seguir así. Esperanza, no podés seguir así, te vas a en-

fermar. Hay que conformarse al destino", le decían sus amigas.

Uno, dos, tres, alguien golpeaba la puerta de entrada. Esperanza estaba en el punto liso de su tejido y dijo: "¿Quién es?". Florián entró despacito con los ojos dormidos "¿Florián a estas horas?" Florián dormía en la cama de su hermana, no hacía ni media hora, cuando la madre lo despertó sacándolo a tirones: había visitas y no alcanzaban las camas.

Salvo los domingos y días de fiesta era siempre de noche cuando llegaban las visitas: a esa hora la radio tocaba una música que las atraía, sin duda.

Esperanza no conocía de esa casa más que a Florián. Los chismes de las vecinas caían sobre las hermanas y las madres, que tenían todas ondulaciones permanente (¿croquiñol o permanente al aceite?; una seria discusión se había establecido entre las hermanas del almacenero), tenían todas barniz en las uñas y no pagaban al panadero. Florián se hacía la rabona y pedía limosna en la calle, desviando un ojo. Pero, casi siempre, con su cara original de ángel, ganaba más limosnas que con su ojo perdido. Esperanza no sabía ese tejemaneje, creía en la virtud azul de los ojos de Florián, en sus diez años, en su timidez, en su voz quejosa ejercitada en pedir limosnas. No hubiera admitido ni siquiera el sufrimiento o el hambre de un chico que se hace la rabona pidiendo limosna con un ojo voluntariamente tuerto. Hubiera visto a ese chico desmenuzarse debajo de un ómnibus, morir de hambre en una esquina, suicidarse con un cuchillo sucio de cocina: no hubiera dado un paso por salvarlo. Sólo la virtud inocente de los ojos de Florián, igual a los ojos de un Niño Jesús, le ganaba el corazón, hasta hacerlo sentar a veces sobre sus escasas faldas a las doce de la noche cuando estaba sola. Entonces, creyendo salvarlo de su familia, le enseñaba oraciones que venían escritas detrás de las estampas, con veinte, cuarenta, cincuenta días de indulgencias.

El sueño ponía sus manos santas sobre los ojos de Florián, mientras contaba todo lo que había trabajado en la casa aquel día. Había ayudado a Leonor a barrer el cuarto. Leonor tenía que planchar un camisón nuevo, tenía que arreglar las flores de papel en el florero de su cuarto sobre una carpeta de macramé. Y él había tenido que limpiar el excusado, había tenido que pelar las papas, limpiar todas las verduras para el almuerzo.

"¡Pobre angelito!" -suspiraba Esperanza-. Después había llegado tarde al colegio por culpa de su hermana; la maestra le había pegado con un látigo que tenía escondido en un cajón del pupitre. Le había dicho que no quería recibir ningún vago en la escuela, ningún muerto de hambre, ningún hijo de puta. Esperanza levantó sus anchos brazos sacudidos de espanto: "¿Es posible que la maestra te haya dicho esas cosas?". Florián, mártir de su sueño, decía sí con la cabeza.

El día quedaba muy lejos detrás de la noche, y recordaba que había recorrido las calles de más tráfico torturándose los ojos, sin conseguir una limos-

na, y cuando volvía a su casa con su rostro cotidiano, sin hacer ningún esfuerzo para conmover a nadie, una señorita le había dado un peso entero en monedas, averiguándole su nombre. Había gastado el peso en cinematógrafo, masitas y tranvía; no quería volver a su casa con un solo centavo en el bolsillo. Sus hermanas lo desvalijaban, ellas que ganaban por lo menos cuatro pesos por día. Todo eso no se lo podía contar a Esperanza; tampoco le podía contar que había hecho pis contra un automóvil nuevo y que le había roto la blusa a su hermana. "Hijo de puta" -le había dicho el hijo del frutero-. "Tu madre no me paga pero yo le pago a ella. Tendrá que pagarme el vidrio de mi vidriera que me has roto, o bien los llevaré a todos a la comisaría". Pero al día siguiente, Valentini, el frutero, llegaría a la casa como siempre, repartiendo sonrisas y bombones con versitos de almacén, y al entrar a la pieza de su hermana le daría una palmadita en la cara, diciéndole: "Pícaro, pícaro". Es que Valentini se olvidaba de todo cuando estaba con sus hermanas; cuando llegaba a casa de Florián no parecía ni siquiera un pariente lejano del frutero Valentini de delantal blanco, ofreciendo sus mercaderías a través de las vidrieras. ¿Qué virtud tan extraordinaria tenían sus hermanas?

Esperanza guardó el tejido en una canastita. Uno, dos, tres, cuatro, cinco puntos faltaban para terminar la fila, y eso la iba a desvelar. Volvió a tomar el tejido. Uno, dos, tres, cuatro, cinco años faltaban para terminar de pagar la casa por mensualidades. Mientras tanto vendería sus tejidos; era un modo honrado de ganarse la vida, y no como estas malas mujeres, estas mujeres de la calle.

Sin darse cuenta, hablaba en alta voz. Florián, sonámbulo de sueño, se retiraba silenciosamente en dirección a la cama de su hermana, con la esperanza de encontrar sitio para él.

"Mi hijito, es la hora de dormirse." Esperanza se dio vuelta y se encontró sola frente a la lámpara de kerosene. No se oía más que el canto de la luz que le decía despacito que se callara.

El vestido verde aceituna

Las vidrieras venían a su encuentro. Había salido nada más que para hacer compras esa mañana. Miss Hilton se sonrojaba fácilmente, tenía una piel transparente de papel manteca, como los paquetes en los cuales se ve todo lo que viene envuelto; pero dentro de esas transparencias había capas delgadísimas de misterio, detrás de las ramificaciones de venas que crecían como un arbolito sobre su frente. No tenía ninguna edad y uno creía sorprender en ella un gesto de infancia, justo en el momento en que se acentuaban las arrugas más profundas de la cara y la blancura de las trenzas. Otras veces uno creía sorprender en ella una lisura de muchacha joven y un

pelo muy rubio, justo en el momento en que se acentuaban los gestos intermitentes de la vejez.

Había viajado por todo el mundo en un barco de carga, envuelta en marineros y humo negro. Conocía América y casi todo el Oriente. Soñaba siempre volver a Ceilán. Allí había conocido a un indio que vivía en un jardín rodeado de serpientes. Miss Hilton se bañaba con un traje de baño largo y grande como un globo a la luz de la luna, en un mar tibio donde uno buscaba el agua indefinidamente, sin encontrarla, porque era de la misma temperatura que el aire. Se había comprado un sombrero ancho de paja con un pavo real pintado encima, que llovía alas en ondas sobre su cara pensativa. Le habían regalado piedras y pulseras, le habían regalado chales y serpientes embalsamadas, pájaros apolillados que guardaba en un baúl, en la casa de pensión. Toda su vida estaba encerrada en aquel baúl, toda su vida estaba consagrada a juntar modestas curiosidades a lo largo de sus viajes, para después, en un gesto de intimidad suprema que la acercaba súbitamente a los seres, abrir el baúl y mostrar uno por uno sus recuerdos. Entonces volvía a bañarse en las playas tibias de Ceilán, volvía a viajar por la China, donde un chino amenazó matarla si no se casaba con él. Volvía a viajar por España, donde se desmayaba en las corridas de toros, debajo de las alas de pavo real del sombrero que temblaba anunciándole de antemano, como un termómetro, su desmayo. Volvía a viajar por Italia. En Venecia iba de dama de compañía de una argentina. Había dormido en un cuarto debajo de un cielo pintado donde descansaba sobre una parva de pasto una pastora vestida de color rosa con una hoz en la mano. Había visitado todos los museos. Le gustaban más que los canales las calles angostas, de cementerio, de Venecia, donde sus piernas corrían y no se dormían como en las góndolas.

Se encontró en la mercería El Ancla, comprando alfileres y horquillas para sostener sus finas y largas trenzas enroscadas alrededor de la cabeza. Las vidrieras de las mercerías le gustaban por un cierto aire comestible que tienen las hileras de botones acaramelados, los costureros en forma de bomboneras y las puntillas de papel. Las horquillas tenían que ser doradas. Su última discípula, que tenía el capricho de los peinados, le había rogado que se dejase peinar un día que, convaleciente de un resfrío, no la dejaban salir a caminar. Miss Hilton había accedido porque no había nadie en la casa: se había dejado peinar por las manos de catorce años de su discípula, y desde ese día había adoptado ese peinado de trenzas que le hacía, vista de adelante y con sus propios ojos, una cabeza griega; pero, vista de espalda y con los ojos de los demás, un barullo de pelos sueltos que llovían sobre la nuca arrugada. Desde aquel día, varios pintores la habían mirado con insistencia y uno de ellos le había pedido permiso para hacerle un retrato, por su extraordinario parecido con Miss Edith Cavell.

Los días que iba a posarle al pintor, Miss Hilton se vestía con un traje de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

